

LIBROS

64

LETRAS LIBRES
ABRIL 2016

Sara Mesa

- CUATRO POR CUATRO
- CICATRIZ
- MALA LETRA

Miguel de Cervantes

- DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Romana Falcón

- EL JEFE POLÍTICO. UN DOMINIO NEGOCIADO EN EL MUNDO RURAL DEL ESTADO DE MÉXICO, 1856-1911

Jed Rasula

- DADÁ: EL CAMBIO RADICAL DEL SIGLO XX

Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz (compiladores)

- MAX WEBER EN IBEROAMÉRICA. NUEVAS INTERPRETACIONES, ESTUDIOS EMPÍRICOS Y RECEPCIÓN

George Steiner

- FRAGMENTOS



NOVELA/CUENTO

Mala letra y otras cicatrices



Sara Mesa
CUATRO POR CUATRO
Barcelona, Anagrama,
2012, 270 pp.



CICATRIZ
Barcelona, Anagrama,
2015, 194 pp.



MALA LETRA
Barcelona, Anagrama,
2016, 192 pp.

**CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ MICHAEL**

Condenado, como estoy, a predicar
un día sí y otro también qué debería

ser un crítico literario y qué tipo de crítico soy, he de decir que, a diferencia de lo vivido por los críticos de hace décadas —cuando viajes, vuelos y congresos de escritores no eran tan endiablidamente frecuentes como lo son hoy en día—, puedo aplicar a mis anchas el método fisionómico atribuido indebidamente a Paul de Saint-Victor y tratar de adivinar en los rostros de los escritores que no conozco, y con los que me voy topando aquí y allá, qué clase de obras escriben. En la mirada de Sara Mesa (sevillana nacida en Madrid en 1976) encontré una capacidad de penetración en los rostros ajenos que me sobresaltó no poco, recordándome a la terrorífica mirada de Alejandro Jodorowsky, a quien conozco desde niño por razones que no vienen a cuento y que pertenece a una especie distinta a la de los escritores, la de los taumaturgos. Reconozco que tras intercambiar unas palabras con ella en Arequipa, fue su mirada la que me llevó casi de inmediato a sus libros, tres de los cuales —*Cuatro por cuatro*, *Cicatriz* y *Mala letra*— protagonizan desde hace meses la escena literaria española, lo cual convierte esta alabanza, muy probablemente, en una reiteración.

Hablar de aspectos, rostros y miradas es políticamente incorrecto en nuestros días y yo no sé si muchas páginas de Saint-Victor fueran susceptibles actualmente de edición o si una página perfecta, como aquella que comienza diciendo “Jorge Cuesta era feo”, de Cardoza y Aragón, podría publicarse en nuestros tiempos. De los libros de Mesa, el primero que leí fue *Cuatro por cuatro*, novela finalista del Premio Herralde y que al parecer es la obra preferida de la autora. Predispuesto como estaba, por su mirada a la vez precisa y ausente, imaginé que

el narrador estaba instalado en un panóptico, sitio perfecto para vigilar lo sucedido en una institución que es, a la vez, escuela, prisión y cámara de tortura aunque socialmente se presente, ocultándose, como una institución educativa de alto nivel para la antes llamada gran burguesía. En ese lugar Mesa, con cierto olor a desinfectante que remite a Musil o a Walsler, va desenrollando las tribulaciones de los jóvenes allí recluidos, siempre sometidos a un ambiente agotador que no puede sino desembocar en una violencia atizada con el discurso pedagógico vigente basado en la motivación gerencial.

Desde su panóptico, en *Cuatro por cuatro*, Mesa va presentándonos a los protagonistas de esa orjalía, al nuevo que llega, a las chicas entre las cuales circula el poder del acoso, a quienes logran amistar, a personajes inasibles como el Guía, al profesorado, al director y a su esposa, a quienes el narrador, en un estilo calculadamente impersonal, va catalogando con paciencia de entomólogo, repasando patologías predecibles —anorexia y bulimia— hasta vestuarios y escenarios. La distopía, higiénica y concentracionaria, no puede permanecer estática y es menester que suceda lo que sucederá, dramáticamente contenido pero fatalmente dispuesto, en el *Wybrany College*, cercano a Cárdenas, municipio que aparece en el mapa peninsular pero más bien parece una ciudad imaginaria al servicio de Mesa.

Tras las primeras cien páginas de ambientación —que muestran a una escritora muy concentrada pero no necesariamente brillante, ni siquiera en la opacidad manifiesta con la que procede—, Mesa abandona el panóptico y nos presenta el envés de la trama a través del diario de Isidro Bedragare, un profesor sustituto, lector de Thomas

Bernhard (en claro homenaje de la autora a ese Mal servicial o vicario tan característico del austríaco), quien va descubriendo que aquello, el *colich*, es un laberinto abundante en signos y recovecos. Este profesor invoca a un viejo amor que incluso se presenta, trastornada, a verlo y termina convirtiéndose en amante de la ajada Gabriela, la afanadora. Ella es el hilo que lleva al profesor sustituto hasta el origen de su sustitución, el suicidio de su predecesor, García Medrano, pauta que se repite en otros empleados del colegio.

Como reza el canon, *Cuatro por cuatro* no es más que un libro sobre otro libro, en este caso, fragmentario. Los papeles del desaparecido García Medrano, conservados por Gabriela, pasan a sustituir al diario de Bedragare y en ellos tenemos lo que bien puede llamarse un *Diario metafísico*, al estilo del existencialista católico Gabriel Marcel (1889-1973), autor que hacía años no pasaba por mi mente y que Mesa coloca en el inventario final de préstamos y referencias. La verdadera literatura es siempre literatura sobre la literatura y así voy a buscar mi ejemplar, herencia segura de mi padre, pero... no lo encuentro, lo cual me impide cerrar estas líneas con una relación probablemente inverosímil y acaso forzada, obligándome a buscar otra. Interpreto así *Cuatro por cuatro* como un ejercicio más para el ojo que para la conciencia, como si más allá de las figuras humanas en la novela, de su dimensión panóptica, interesara, en ese colegio, una búsqueda cromática entre las variedades del gris, como si despojáramos a los cuadros de Millet de sus campesinos burlescos o brutales y solo quedara lo grisáceo de sus cielos, como gris es también el cielo —si se prefiere una referencia más cercana al

presente— en las películas de Alain Tanner.

Después de *Cuatro por cuatro* leí *Mala letra*. Ignoro si fueron escritos antes o al mismo tiempo que las novelas, información que de tenerla me sería inútil, pues soy mal lector de cuentos y prejuizo, nada más, que no es una forma muy cultivada en la literatura peninsular, con las excepciones del caso (el catalán Quim Monzó, por ejemplo). Los cuentos de Mesa acusan su buena factura y, para usar la distinción aleatoria, los hay en el orden de Chéjov y en el de Maupassant. En los primeros sucede lo imprevisto y el cuentista estudia su huella, a veces banal, otras veces traumática, para demostrar con Mesa que “el mundo es impasible ante cualquier cosa que suceda, por inusual, horrible o cruel que esta sea”. A esta categoría pertenecen, por ejemplo, “El cárabo”, que solo es el drama de una chica perdida transitoriamente en el bosque junto con un niño, lo mismo que “Mármol”, donde la noticia del suicidio de un compañero de escuela es transmitida de manera distinta a cada alumno y sufrida, así, de modo diferente, lo cual es una suerte de croquis de *Cuatro por cuatro*. “Apenas unos milímetros”, que narra la obcecación por llevar a un jovencillo microcefálico y tetrapléjico a una sesión de educación sexual que le será por completo inútil para su no futuro, está inscrito en aquellos cuentos, como los de Maupassant, capaces de concentrar lo más terrible de la existencia en unas pocas páginas.

Otros cuentos son estampas, a la Francis Bacon, como la del anciano desnudo y ebrio retratado en “Nada nuevo” mientras que el pequeño desastre chejoviano se multiplica en “Creamy milk and crunchy chocolate”, donde el personaje provoca

culposamente un accidente automovilístico que mata a una pareja de ancianos, y en “Nosotros, los blancos”, el relato más largo de *Mala letra*, donde una mujer es testigo del asesinato, también involuntario, cometido por su hermana en la persona de quien habría de adoptar al hijo del que estaba embarazada, historia concluida con la sórdida pérdida de la virginidad de la protagonista. Acaso más que Chéjov o Maupassant, una selecta legión de cuentistas anglosajones más recientes deben estar entre los penates de Mesa, pero, a diferencia de muchos de sus imitadores, la escritora española no incurre en ese culto bobalicón a lo cotidiano que caracteriza a los malos lectores de Raymond Carver o Alice Munro, al estilo de “un pedazo mordido de pizza en el basurero y la *petite histoire* de quién lo mordió”.

Si sostengo mi hipótesis de que el talento literario de Mesa es en esencia visual, *Mala letra* deja

ver, redundante, todo aquello que está en su campo de visión, lo cual se concentra en *Cicatriz*. Es su obra maestra, una novela sobre una de las formas más sofisticadas de la mirada: mirarse en el otro, escasamente (una vez) en la vida real, mirarse no a través de una “palabra-piedra”, para decirlo con Mesa, sino mirarse en una carta, obsesivamente, ya sea leída en la pantalla o en el papel.

El entramado, como el reparto, es admirablemente perverso. Sonia y Knut se conocen en un foro literario en la red y pronto se vuelven correspondientes asiduos. Tras el pseudónimo de él, tomado como es obvio del autor noruego y filonazi de *Hambre*, se oculta un curioso cleptómano que goza en regalarle a Sonia, mujer con una insegura vocación de escritora, libros y más libros, con el propósito de cultivarla en literatura. En la historia de esta muy peculiar educación, Knut roba la literatura universal para ella y le va enviando, eso sí, los libros con el porte del envío a depositar en su cuenta. El acoso pasa, después, a otros regalos, igualmente robados, primero perfumes, luego lencería fina y otras prendas costosísimas capaces de intoxicar a Sonia en un proceso de emulación, pues ella misma intenta aprender a robar, aconsejada por tan singular maestro, pero fracasa.

Cicatriz es, desde luego, una historia de amor. Pero no es solo eso, pese a que entre Knut y Sonia se establece, por escrito, todo el código de reclamos, desencuentros, celotipias, rupturas parciales y reconciliaciones propias del amor-pasión. Se trata también de una novela que alguien como Steiner catalogaría entre aquellas que comprometen al maestro con el discípulo: la historia de una educación sentimental (toda educación suele serlo) que habrá de culminar con el debut de Sonia

como escritora. Al final, la protagonista logra desengancharse de Knut sometiéndolo a la suprema humillación de revender sus regalos, a precio de ganga, en eBay, traición que el seductor descubre, poniendo fin a esta historia de amor y aprendizaje.

El voyeurismo cleptomaniaco de Knut no aspira al logro de ser amado más que por sus regalos, satisfecho solo con la idea de que Sonia lo lea o acaso huela a tal fragancia o lleve puesta alguna prenda hurtada por él, mientras ella lleva un matrimonio convencional y, como es natural, una doble vida, con hijo y marido, que no resistirá el descubrimiento de esa singular forma de adulterio. Muy al principio, Sonia somete a Knut a la prueba, actualmente contra natura, de escribirle a mano y mediante el correo postal: él la supera hasta que regresan al email, incluidas algunas llamadas telefónicas inoportunas. *Cicatriz* es la primera novela de las que yo he leído en la que el nieto del correo a través del *pneumatique* (el tubo mediante el cual circulaban cartas, cajitas y objetos pequeños propulsados por aire a través de una red que cubría todo París, servicio del que se servía Proust y que fue cancelado en 1984) y el hijo del efímero fax (sigo esperando una elegía a esa profecía de Verne que vivió tan pocos años aunque ahora los servicios de inteligencia, se dice, lo han restablecido por ser, al parecer, impenetrable), el email, ocupa en la ficción el lugar que tiene en nuestra vida diaria.

Si de Knut siempre sabremos muy poco y el anticlímax de la novela es su desaparición, a la que miramos con delectación morbosa es a Sonia, desenganchándose de una obsesión a la vez inocua y letal, cuyo punto de gravedad es aquella única jornada en que aceptan verse en la ya familiar y onettiana



ciudad de Cárdenas, muy lejos de donde vive la corresponsal. El encuentro es memorable y acaso menos predecible que el ocurrido en los cabriolets donde Emma Bovary se veía con sus amantes, pues todo es una vertiginosa excursión de Knut, arrastrando a Sonia por los centros comerciales a fin de que lo vea robar para ella, con un último encuentro semierótico más propio de Octave Mirbeau que de Klossowski: en el piso más alto de un edificio abandonado a Knut le basta con besarla después de verla posar con algunas de las prendas robadas para ella, lo cual me permite regresar a uno de los libros de Saint-Victor, quien se tomó la licencia de mirar a Goethe, que algo sabía de epístolas amorosas, a través de sus mujeres:

“En algún rincón de esta Arcadia, fue el escenario de esta égloga, donde se dieron los dos enamorados el irreparable ósculo. Federica se hallaba indefensa, porque la ingenuidad es a su modo desnudez, y amaba desde luego con aquel candor alemán que asemeja el desfallecimiento de la mujer a la inocente caída del niño [...] Con esto, danzando y corriendo, llegó aquel idilio a su desenlace, y ellos al recodo del camino donde el hombre mozo besa por última vez a su amante y prosigue la jornada, mientras ella regresa sollozando al hogar con el corazón partido de dolor. Casarse los dos era imposible” (Paul Bins, conde de Saint-Victor, *Las mujeres de Goethe*, 1872).

Cicatriz tendrá que estar en un estante junto a *Pamela o la virtud recompensada*, de Richardson, a *Las amistades peligrosas*, de Choderlos de Laclos, a *La nueva Eloísa* y al *Werther*, a *La ciudad y la casa*, de Natalia Ginzburg. Habrá que buscarle, en lengua española, compañía, que

la debe tener, entre Diego de San Pedro, Cadalso y un par de ejemplares de Pérez Galdós que no he leído. Por lo pronto pienso en *Pepita Jiménez*, de Juan Valera, y me acuerdo de la gracia que le hizo a Enrique Vila-Matas, hace muchos años, mi devoción por don Juan. Sí, *Cicatriz*, de Sara Mesa, es una de las grandes novelas epistolares escritas en español, obra de una extraña escritora antigua-moderna. —

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es crítico literario. El Colegio de México pondrá en circulación próximamente *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*.



EDICIÓN CONMEMORATIVA

¿Hacia dónde va el Quijote?



Miguel de Cervantes
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico
Madrid, Real Academia Española, 2015, 1644 y 1668 pp.

PABLO SOL MORA

Mi primera lectura del *Quijote*, lo confieso, fue una lectura mercenaria. Tendría diez u once años y una noche mi padre me llamó al estudio. “Te voy a dar a leer un libro —me dijo—. Tiene dos partes. Cuando acabes cada una, te regalo lo que quieras.” Me entusiasmé con la promesa del obsequio y acepté sin vacilar; el libro era lo de menos. Sin embargo, no era tan sencillo: yo debía leer un capítulo cada noche y, al terminar, ir al estudio a hacer un resumen oral de lo que había tratado. Así pasé varias semanas: leía, resumía, me iba a dormir. El libro me iba gustando, era chistoso (*a funny-book*

como, sin sospecharlo yo entonces, repetía la crítica inglesa del *Quijote*, que combatía la interpretación romántica), pero lo que me impulsaba era, sobre todo, la recompensa final. Sin embargo, una vez sucedió algo extraordinario: me desperté a media noche y no pude volver a dormir. Me levanté de la cama y fui a echarme a un sillón con el libro. Pensaba avanzar un capítulo más, pero la lectura me atrapó y leí varios de corrido. Creo que fue la primera vez que ocurrió: que un libro me fascinara así, que no quisiera dejar de leer (había ocurrido antes, en mis primeros años, con *Alicia en el país de las maravillas* para ser exactos, pero entonces yo no leía: escuchaba). Sobra decirlo, ya no importaban el regalo ni el resumen, solo el texto que tenía ante mis ojos. Recuerdo muy bien el sillón, mi cuerpo encogido en él, la manta en la que estaba envuelto, el libro voluminoso entre las manos. Sin saberlo, estaba descubriendo la dicha de leer y, sabiéndolo aún menos, todo un género de la misma: la dicha de leer el *Quijote* (cómo fue que esa felicidad temprana se vio empañada cuando leí la muerte del protagonista es asunto que sí viene al caso, pero con el que ya no pienso demorar al quizá no tan desocupado lector).

El cuarto centenario de la segunda parte del *Quijote* en 2015 (con frecuencia el lector moderno olvida que la obra apareció en dos partes separadas por diez años y tiende a verla como un solo libro, compuesto de conjunto) fue motivo de celebraciones y homenajes alrededor del mundo. Probablemente ninguno mejor que este: una renovada edición de la obra, patrocinada por el Instituto Cervantes y dirigida por Francisco Rico, que ahora aparece en la bella Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. En

verdad, el mejor homenaje que se le puede hacer a una obra clásica es leerla, editarla y comentarla minuciosamente (eso es la filología, “amor a la palabra”, en acción). Naturalmente, los grandes fastos cervantinos, quijotescos, ocurrieron cuando se cumplió el cuarto centenario de la primera parte, pero, a decir verdad, el *Quijote* es lo que es y ha tenido la trascendencia que ha tenido, sobre todo, por la segunda, la más innovadora y proyectada a futuro. Esos diez años no pasaron en vano: Cervantes refinó su arte, profundizó su concepción original de la obra y amplió sus posibilidades. Allí se enfatiza el protagonismo de la pareja de don Quijote y Sancho; allí se convierten en personajes de libros y se abren los caminos de la metaficción; allí el humor se refina, se vuelve más irónico y ya no es el fácil de las primeras aventuras; allí don Quijote adquiere otros matices, que harán posible la lectura romántica; allí se ahonda la *humanitas* —la noción de humanidad— cervantina, quizá el mejor rasgo de la obra.

Recordemos que el *Quijote*, para sus contemporáneos españoles, fue ante todo un libro cómico, de entretenimiento. A nadie se le habría ocurrido pensar que esta iba a ser considerada la mayor obra de la literatura hispánica (en el otro mundo, Góngora, Quevedo, Calderón, Lope, sobre todo Lope, deben estar preguntando: “¿Cervantes? ¿En serio? ¿Cervantes?”). Pero el *Quijote* se fue de gira y, primero en Inglaterra y Francia, fue leído de otras formas, más fervorosamente incluso que en su propia patria, y esta admiración rebotada, junto con las condiciones propias del siglo XVIII español, lo comenzaron a convertir en un clásico. Sin embargo, sería el XIX el que le tenía reservada al *Quijote* la mayor

aventura de todas las que le han ocurrido hasta la fecha: toparse con el romanticismo alemán. Fueron los románticos alemanes quienes lo leyeron desde una óptica nueva y le dieron un sentido cuyas consecuencias perduran hasta la fecha. El *Quijote* ya no era más, o no solo, el libro cómico de un loco que se cree caballero andante: era la representación novelesca, en palabras de Schelling, de la lucha de lo Real con lo Ideal. El libro adquirió dimensiones insospechadas, incluso trágicas, que ni Cervantes ni sus contemporáneos entrevieron. Nietzsche lo resumió en *La genealogía de la moral*: “Hoy leemos todo el *Quijote* con un regusto amargo en la boca, casi como un tormento, y por eso a su autor y a sus contemporáneos les resultaríamos muy extraños, muy oscuros; ellos lo leyeron con la conciencia completamente tranquila, como el libro más divertido de todos, un libro que casi les hizo morir de risa.” Esta interpretación romántica —que va desde lo sublime hasta lo cursi— fue la dominante durante los siglos XIX y XX, y fue ella la que moldeó la imagen popular del héroe. A finales del siglo XX, y más que nada entre la crítica especializada (particularmente inglesa, con críticos como Anthony Close), volvió a hacerse la pregunta: ¿qué no era este básicamente un libro cómico? En la lectura del *Quijote*, como en tantos otros planos, seguimos viviendo un lento reflujó del romanticismo y, a principios del siglo XXI, entramos en tierra desconocida. Llego así a la cuestión que me interesa plantear (sería demasiado pretender contestar). Es evidente que la lectura romántica del *Quijote* se ha agotado y que fue esta la que lo impulsó en los últimos doscientos años, entonces: ¿hacia dónde va el *Quijote* ahora?, ¿cuál será el *Quijote* del mañana?

Engañosamente, tendemos a pensar que una obra clásica o canónica lo ha sido y lo será siempre, como si no fuera resultado, precisamente, de un proceso histórico. Ni el *Quijote*, ni ningún otro clásico, lo fueron siempre y bien pueden dejar de serlo (en el sentido de que dejen de ser libros vivos, o sea, leídos efectivamente por un gran número de lectores). Ha ocurrido antes en la historia literaria: una obra, que en su momento o durante mucho tiempo, dijo algo importante a generaciones de hombres, comienza a retroceder, a perder relevancia, los lectores dejan de verse reflejados en ella y se convierte —melancólico destino— en patrimonio de eruditos y especialistas. Incluso dentro del parámetro relativo de los clásicos hay diferencias: Homero, digamos, lleva más de dos mil quinientos años hablando a los hombres (no sin paréntesis y lagunas); Cervantes, Shakespeare, Montaigne, por mencionar tres eminentes modernos, apenas unos cuatrocientos. ¿Sobrevivirán mil, mil quinientos, dos mil? ¿Por qué estamos tan seguros?

Y, sin embargo, creo que el *Quijote* nos seguirá acompañando mucho tiempo. Presiento que la apoteosis de su lectura, marcada por el romanticismo, ha pasado y que el *Quijote* que vendrá será un *Quijote* más humilde, más sereno, más humano: más cervantino. Seguirá siendo un libro fundamentalmente cómico, no el de las carcajadas que las burlas y palizas que padece su protagonista provocaban a sus contemporáneos, pero sí el de la risa y, sobre todo, el de la sonrisa. En tanto lo propio del hombre sea reír —como quería ese otro padre de la novela moderna, tan afín a Cervantes, Rabelais—, el *Quijote* perdurará. Creo, además, que la característica que define la obra y garantiza

mejor su posteridad no es el idealismo quijotesco con el que de diversos modos se encandiló el romanticismo, sino el humanismo cervantino: esa *humanitas* que atraviesa toda la obra, que irradian prácticamente todos sus personajes, y que está hecha de una mezcla de benevolencia, alegría, sentido del humor, ironía, compasión y, en general, una magnánima comprensión de todo lo humano.

¿Hacia dónde va, pues, el *Quijote*? ¿Su camino es de regreso? ¿O apenas salió? Como todo verdadero clásico, no pertenece solo al pasado, sino al futuro: está por venir. —

PABLO SOL MORA (Xalapa, 1976) es crítico literario y editor de la revista electrónica *Criticismo*.



HISTORIA

Eslabones del sistema



Romana Falcón
EL JEFE POLÍTICO. UN
DOMINIO NEGOCIADO
EN EL MUNDO RURAL
DEL ESTADO DE
MÉXICO, 1856-1911
Ciudad de México,
Colmex/Colmich/CIESAS,
2015, 744 pp.

LUIS ALBERTO ARRIOJA DÍAZ VIRUELL

La imagen de un México rural controlado por individuos que lo mismo eran “depositarios regionales del poder”, detentadores del mando o “señores de horca y cuchillo” es una constante en los registros históricos del siglo XIX. Incluso, las figuras de funcionarios que conducían instituciones, instrumentaban planes políticos, contenían levantamientos armados y garantizaban la presencia gubernamental en los sitios más recónditos han coadyuvado a esa imagen de un México carente

de libertades, secuestrado por los excesos y marcado por las conductas del antiguo régimen. Examinando con detalle esta perspectiva, puede decirse que dichos rasgos están más cercanos a la naturaleza de un sistema político que a las contrariedades que acarreó la formación del Estado nacional.

Estudios clásicos como los de Daniel Cosío Villegas, Luis González y González y François-Xavier Guerra han mostrado cómo se organizaba el sistema político mexicano durante la segunda mitad del siglo XIX. Un sistema complejo, rígido, vertical y con numerosos eslabones que garantizaban el funcionamiento, apuntalaban las bases, posibilitaban el flujo de recursos, concentraban tareas estratégicas, vinculaban obligaciones con necesidades o procuraban la reproducción del sistema. Uno de ellos fue el prefecto o jefe político, funcionario intermedio en los gobiernos republicanos y objeto de reflexión en el último libro de la historiadora Romana Falcón.

Luego de tres décadas de investigar en archivos y bibliotecas de México y el extranjero, Falcón nos entrega un texto novedoso e incisivo, rico en contenidos e ideas para entender la manera en que los gobernantes mexicanos configuraron un proyecto de nación. Echando mano de la experiencia acaecida en el Estado de México, la autora analiza el papel de los jefes políticos en la creación de instituciones, la instrumentación de “políticas modernas”, la construcción de imaginarios, el despliegue de aparatos de control, la gestión de estructuras administrativas, la defensa del territorio y el ejercicio del poder. Si bien es cierto que su planteamiento se circunscribe en una entidad y periodo bien definidos, también es verdad que

proporciona una perspectiva panorámica para comprender los orígenes coloniales de estos funcionarios, los cambios y las permanencias que experimentaron en la etapa republicana y los rasgos que asumieron a lo largo y ancho del país.

Es particularmente notable la manera en que Falcón relaciona el estudio de los jefes políticos con el devenir de los “grupos populares del campo”, prestando especial atención a las formas de dominación, negociación y resistencia. En este orden, el libro tiene la virtud de matizar la imagen estereotipada de dichas autoridades y mostrarlas en su condición real; es decir, como eslabones de una maquinaria político-administrativa y como enlaces entre la población y el poder gubernamental. De la misma manera, revela las complejas relaciones que estos funcionarios tejieron con la burocracia, la milicia, las élites regionales y los grupos subalternos; relaciones que, en su inmensa mayoría, se mostraron a través de formas binarias que aglutinaban el rompimiento y la unidad, la armonía y la discordia, el rechazo y el pacto; componentes que, desde la perspectiva de Falcón, fueron constitutivos de todas relaciones donde intervenían los jefes políticos. El texto también comprueba que la presencia de estos funcionarios en el México rural no generó necesariamente un clima de violencia y discordia; por el contrario, fueron piezas claves para la denominada *pax republicana*, toda vez que se encargaron de concretar los pactos y las negociaciones con los grupos sociales.

Otro aporte del libro radica en mostrar cómo los “grupos populares del campo” aceptaron la existencia de los jefes políticos y recurrieron a ellos constantemente, ya sea para liquidar contribuciones, resolver

contrariedades, validar derechos o gestionar necesidades en un marco institucional. Obviamente, esto posibilitó que tanto unos como otros entablaran acuerdos de colaboración y reciprocidad; tratos que, además de mostrar algunos visos de la cultura política de la época, revelaban la inclinación de estos funcionarios a negociar las formas de control y dominio que existían en el México rural.

Como pocas obras, el texto de Romana Falcón tiene la versatilidad de analizar el devenir de los jefes políticos y, simultáneamente, familiarizar al lector con tres grandes procesos de la historia de México —en general— y del Estado de México —en particular—: la configuración político-administrativa de los territorios, la instrumentación de la desamortización civil y la resistencia popular a las políticas liberales. Sobre la conformación del territorio, el libro aporta un análisis detenido de los problemas, las políticas y los intereses que contribuyeron a la fragmentación de lo que hoy en día es el Estado de México, un espacio lo suficientemente extenso como para configurar la existencia de cuatro entidades —Guerrero,



Hidalgo, México y Morelos—, una treintena de jefaturas políticas y un centenar de ayuntamientos y pueblos. Como era de esperarse, los jefes políticos fueron actores centrales en este proceso, ya sea trazando jurisdicciones, agrupando o relegando poblaciones y, sobre todo, fundamentando el ejercicio del poder. En lo que respecta a la desamortización civil, la investigación pone al descubierto la manera en que los gobernantes mexiquenses insistieron —una y otra vez— en la necesidad de individualizar y privatizar los bienes que acumulaban los pueblos indios. Cabe decir que dichos bienes cimentaban su concepción jurídica en un *ratio iuris* que los hizo inalienables e intransferibles. Dado esto, las autoridades no dudaron en referir que dicho esquema era una forma viciada de poseer recursos, un privilegio antiguo que impedía el desarrollo social y una práctica que imposibilitaba el progreso de la economía estatal. Ante esta situación, se dieron a la tarea de promover e instrumentar numerosas leyes de corte liberal. No obstante, lo más llamativo de esto tiene que ver con las estrategias desplegadas por los jefes políticos para llevar a buen puerto la desamortización civil y las negociaciones que impulsaron los pueblos para disuadir los efectos de las leyes liberales y preservar las estructuras del antiguo régimen. En cuanto a la resistencia popular, el libro enfatiza la naturaleza de la población rural a impugnar todas aquellas medidas gubernamentales que impactaban en su organización. Los ejemplos analizados ayudan a comprender cómo la resistencia no solo se precipitó por necesidad sino también por interés, y que en su desarrollo ocuparon un lugar privilegiado las estructuras agrarias, los acuerdos políticos, las

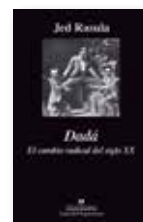
necesidades económicas y los proyectos de nación. Así las cosas, no es casualidad que buena parte de la obstinación se materializara en las oficinas de los jefes políticos o en las plazas de los pueblos, involucrando amplios sectores de la población y asumiera las formas más complejas de la reacción.

Cabe aclarar que este libro es un estudio profundo sobre uno de los eslabones estratégicos del sistema político de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de una propuesta que invita a mirar a los jefes políticos en un horizonte donde convergen la historia institucional y social, así como el enfoque regional y el análisis conceptual. De igual modo, es una obra cuyo planteamiento permite comprender cómo las formas institucionales de dominación son relativas en la medida que los “grupos populares del campo” hacen del acuerdo y la negociación un recurso cotidiano de su vida colectiva y personal. —

LUIS ALBERTO ARRIJOJA DÍAZ VIRUELL (Ciudad de México, 1975) es doctor en historia por El Colegio de México y profesor investigador en El Colegio de Michoacán.

ENSAYO

Desorden y progreso



Jed Rasula
DADA: EL CAMBIO RADICAL DEL SIGLO XX
Traducción de Daniel Najmias
Barcelona, Anagrama, 2016, 392 pp.

MERCEDES CEBRIÁN

El movimiento más internacional de las vanguardias históricas, el que no nació como respuesta a ningún

otro en particular, tiene ahora su biografía de casi cuatrocientas páginas a cargo del historiador y profesor estadounidense Jed Rasula. Dividido en trece capítulos, una introducción y un epílogo, el ensayo de Rasula lleva al lector de viaje por capitales Dadá como Zúrich —la que lo vio nacer en 1916—, Berlín, París y Nueva York. Y todo ello de la mano de los principales artistas vinculados a este “microbio virgen”, como Tristan Tzara, uno de sus fundadores, lo definió.

En las últimas líneas de la introducción, Rasula afirma contundente que “sin Dadá, la vida moderna tal como la conocemos tendría un rostro muy, muy diferente; de hecho, difícilmente podría calificarse de moderna”. Aquí el lector no puede hacer otra cosa que seguirle, aunque sea para comprobar si es cierto que este movimiento, o más bien actitud ante el arte, fue de tal importancia en generaciones posteriores de artistas y, a juzgar por la canonización de sus integrantes, que supuestamente detestarían saber que hoy figuran en las colecciones de museos “oficiales”, la respuesta es afirmativa. Aunque el huracán Dadá, que fue tan ubicuo como fugaz, si algo perseguía era, en palabras de Rasula, “el enriquecimiento de la capacidad de percepción del individuo, no el servilismo a las faltriqueras del mercado del arte”.

Rasula inaugura su ensayo recreando verbalmente la noche inaugural de Dadá en el Cabaret Voltaire de Zúrich, cuyo centenario se celebra este año. Habría sido fácil optar por un relato idealizado de este evento fundacional en el que se interpretó música de Liszt y Saint-Saëns, se bailaron coreografías de Rudolf von Laban y se balbuceó un poema para tres

Rafael Moneo
Una reflexión teórica desde la profesión.
Materiales de archivo (1961-2013)
Hasta 26 de junio de 2016

Teodoro González de León
Maquetas
Hasta 03 de julio de 2016

LA CIUDAD
porvenir y decadencia
Hasta 10 de abril de 2016

Museo de la Ciudad de México / Pino Suárez 30 / Centro Histórico

www.cultura.df.gob.mx @MuseoCDMX museodelaciudadmx **Capital Social Por Ti**



CDMX
CIUDAD DE MÉXICO



Museo de la Ciudad de México



Arquino



Fundación Barrié



50 años



STIFTUNG KUNSTFONDS



HATJE CANTZ

voces escrito en distintas lenguas, pero, afortunadamente, el ensayista emplea un tono desmitificador comparando aquel espectáculo con un “micrófono abierto” de hoy, e intuye que “en el momento en que alguien empezaba a leer, todos los presentes se esforzaban por disimular su bochorno”.

Esta recreación minuciosa de los acontecimientos más significativos para el grupo, como la inauguración de la Primera Exposición Internacional Dadá de Berlín, la *Dada-Messe*, o el accidentado estreno de la *Ursonate* de Schwitters en 1925, donde los asistentes estallaron en carcajadas tras varios minutos de incómoda tensión, es uno de los puntos fuertes del ensayo. Al ser el autor historiador y académico, el texto tiene cierta vocación de catálogo, pero el alarde archivístico de Rasula es una herramienta eficaz para proporcionarnos minuciosos retratos verbales de algunos de los más carismáticos integrantes del movimiento, como Hugo Ball, Kurt Schwitters, Hannah Höch o Francis Picabia, así como para permitirnos completar de una vez por todas el mapa de iconos que el dadaísmo ha popularizado, entre los que suele destacar el mingitorio de Duchamp.

El ensayo se desarrolla cronológicamente, lo cual permite a su autor poner en diálogo sucesos relevantes, tanto artísticos como políticos, que tuvieron lugar en paralelo, así como mostrar las conexiones entre los dadaístas y otros artistas e intelectuales coetáneos, lo que dio lugar a vínculos inesperados y, por supuesto, achismes bien documentados gracias al material impreso de la época que maneja Rasula. De este modo nos enteramos de que en 1922 era habitual encontrar artículos sobre

Dadá en las páginas del *Vanity Fair*, y de cómo Walter Benjamin intentó adquirir una de las obras de la serie de Picabia titulada *Hija nacida sin madre*, pero, al no lograrlo, finalmente acabó adquiriendo el *Angelus Novus* de Klee.

Otro momento exitoso de este estudio se encuentra en la sección que aborda el devenir transatlántico de Dadá en Estados Unidos. Rasula se plantea –al igual que hicieron varios artistas en torno a la Primera Guerra Mundial– si existió en Nueva York un Dadá *avant la lettre*, y la respuesta se halla en la exploración que lleva a cabo en las páginas centrales del libro, que se inicia con el viaje de Freud a Nueva York junto a Carl Jung en 1910 y con su comentario tan premonitorio al divisar Manhattan a lo lejos desde el barco: “no saben que les traemos la peste”, refiriéndose al psicoanálisis. Así, dentro de esta sección, Rasula también aborda extensamente las conexiones entre Dadá y esa otra palabra de cuatro letras surgida en Estados Unidos por aquel tiempo: el jazz.

En resumen, Rasula ordena el galimatías dadaísta organizándolo por ciudades, y devuelve a la vida a estos contradictorios individuos a los que el tiempo ha convertido en personajes históricos. Si bien el libro no sufriría si perdiese unas cuantas páginas, el lector agradece en cualquier caso la exhaustividad y el goteo de nombres de artistas del canon occidental del siglo XX que entran y salen por las fiestas, orgías, salones y exposiciones descritas en estas páginas, así como las numerosas referencias que le orientan para profundizar más sobre estos protagonistas de una época convulsa que no parece tan distinta de la nuestra, o esa es la conclusión a la que llegamos al

terminar el ensayo y al recordar la pregunta que el pintor y caricaturista alemán George Grosz planteó en 1919: “Los disparos continúan; el hambre no cesa, ¿por qué todo ese arte?” –

MERCEDES CEBRIÁN (Madrid, 1971) es escritora. Su novela más reciente es *El genuino sabor* (Literatura Random House, 2014).



HISTORIA DE LAS IDEAS

Weber, el americano



Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz (compiladores)

MAX WEBER EN IBEROAMÉRICA. NUEVAS INTERPRETACIONES, ESTUDIOS EMPÍRICOS Y RECEPCIÓN
Ciudad de México, FCE/CIDE, 2016, 704 pp.

RAFAEL ROJAS

“La historia de las ideas –decía Siegfried Kracauer– es la historia de los malentendidos.” Sobre todo si se trata de historia de ideas que viajan, que atraviesan el Atlántico y se trasplantan en las Américas. ¿Hay malentendido mayor que el de ese marxismo latinoamericano que durante más de un siglo desconoció, como demostrara el argentino José Aricó, todo lo que Marx pensó y escribió sobre América Latina? ¿Sus ensayos sobre Simón Bolívar, sobre la guerra entre Estados Unidos y México o sus exageraciones sobre los sacarcócratas esclavistas del Caribe como “príncipes de los trópicos”, copiadas del liberal John Elliott Cairnes?

Algo similar vienen a decirnos Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz en el arduo estudio que han coordinado sobre la recepción de Max Weber en Iberoamérica en

el siglo xx. La naturalización de Weber en las ciencias sociales latinoamericanas hacia 1950 y 1960 ya era evidente y para comprobarla basta glosar algunos de los conceptos que más circulaban en las universidades de la región en aquellas décadas: “acción social, modernización, dominación racional, dominación carismática, burocracia, patrimonialismo, racionalidad, desencantamiento”. Weber, como Marx y como Freud, llegó a niveles de recepción muy amplios en la esfera pública iberoamericana del siglo xx. Pero esa recepción, según Morcillo y Weisz, descansaba sobre algunos equívocos.

Las obras de Weber más leídas en la región fueron *Economía y sociedad* (1944), en traducción del sociólogo español, exiliado en México, José Medina Echavarría para el Fondo de Cultura Económica, y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), un ensayo que, como ha comentado Francisco Gil Villegas en su edición crítica, comenzó a circular en diversas versiones al castellano tras su aparición en inglés, al cuidado del estructural-funcionalista y catedrático de la Universidad de Harvard Talcott Parsons. Fue Parsons, en buena medida, el responsable de que *La ética protestante* se viera desprendida de otros ensayos de Weber sobre sociología y ética económica de las religiones y de que *Economía y sociedad* fuera leída, en Estados Unidos y América Latina, como síntesis de un sistema comprensivo sobre la acción social en el mundo moderno.

El resultado de ese equívoco fue, según Morcillo y Weisz, que en Iberoamérica se leyó a Weber de manera sesgada y fragmentaria. En un estudio reciente sobre las traducciones alemanas de los refugiados españoles, Javier

Garcidiego ha recordado que en 1942 el FCE editó la *Historia económica general*, en traducción de Manuel Sánchez Sarto. Sin embargo, al concentrar su lectura en *La ética protestante* y *Economía y sociedad*, las ciencias sociales iberoamericanas no conocieron toda la obra histórica, económica, jurídica y política de Weber, a quien se vio, desde la perspectiva de Parsons, que compartían Medina Echavarría en México o Gino Germani en Argentina, fundamentalmente como sociólogo.

Max Weber en Iberoamérica es, a la vez, una historia y una crítica de esa recepción latinoamericana del gran pensador alemán. De ahí que sus coordinadores comiencen con un bloque en el que algunos de los mayores conocedores de la multifacética obra de Weber (Friedrich H. Tenbruck, Wolfgang Schluchter, José M. González García, Guenther Roth y Wilhelm Hennis) reconstruyen los ángulos menos conocidos del pensamiento weberiano: su idea de la historia, su posición ante el “politeísmo de los valores”, el enorme peso de la literatura alemana —especialmente, Goethe, Schiller, Herder y Heine— en su vasta tratadística, su papel como educador y su filosofía pedagógica.

Luego el volumen se mueve hacia aspectos del repertorio conceptual weberiano más conocidos en las ciencias sociales latinoamericanas como la sociología económica, la dominación legítima, el patrimonialismo, su vaivén entre parlamentarismo y presidencialismo en los primeros años de la República de Weimar —adelantado en el estudio clásico de Wolfgang Mommsen—, la “desustancialización de la comunidad” y, finalmente, la sociología de la religión y la teoría jurídica de la sociedad. Los

capítulos que, en esta sección del volumen, proponen Keith Tribe, Stefan Breuer, Joaquín Abellán, Pablo de Marinis, Eduardo Weisz, José Luis Monereo Pérez y Hans Henrik Bruun, deshacen más de un lugar común.

No fue Weber, como pensaron Parsons y otros, un profeta de la sociedad industrial, ya que su idea trágica de la historia le impedía ver la “jaula de hierro” del capitalismo como un final feliz del “desencantamiento del mundo”. Tampoco fue un defensor de la neutralidad de las ciencias sociales, ya que dio una importancia enorme al pluralismo de valores. Los funcionalistas norteamericanos y los liberales latinoamericanos se aferraron a Weber —y a Keynes y a Schumpeter y a Laski— para contrarrestar la influencia, no de Marx sino del marxismo-leninismo y, en esa operación, distorsionaron algunas ideas del pensador alemán y lo presentaron como más idealista o neokantiano de lo que era. En todo caso, con su comprensión del Estado y la sociedad desde la dinámica propia de la acción social, Weber ofreció un marco interpretativo que interpelaba o matizaba la teoría marxista.

En la última sección del libro, Miguel Ángel Centeno, Francisco Colom González, Gina Zabludovsky, Carlos de la Torre, Álvaro Morcillo, Jessé Souza, Michael Löwy, Juan Jesús Morales Martín, Glauca Villas Bôas y Edith Hanke, explican por qué, a pesar del relanzamiento del marxismo latinoamericano que siguió al triunfo de la Revolución cubana en los sesenta, Weber llegó a consolidarse como referente de las ciencias sociales latinoamericanas. En sociedades en desarrollo, que se urbanizaban y modernizaban, que vivían notables

dilataciones del Estado y, a la vez, nuevas articulaciones de la sociedad civil, Weber era una fuente insustituible.

En su contribución al volumen, Álvaro Morcillo destaca la importancia que tuvo, para esa instalación de Weber en el campo académico latinoamericano, la “dominación filantrópica” que, durante la Guerra Fría, ejercieron fundaciones como la Rockefeller, que respaldaron a instituciones como El Colegio de México, en la difusión de una idea de las ciencias sociales que reproducía nociones básicas del funcionalismo parsoniano y el realismo de Hans Morgenthau. Pero, como reconoce Morcillo, el viaje de Weber a América Latina tenía que ver también con la demanda de analizar fenómenos regionales como el populismo o de interpretar el conflicto social sin determinismos económicos o clasistas.

Muchos científicos sociales de las generaciones fundadoras de la CEPAL y la Teoría de la Dependencia siguieron una ruta de diálogo entre Marx y Weber, parecida a la recomendada por C. Wright Mills en Estados Unidos. En Brasil, Maria Sylvia de Carvalho, Florestan Fernandes y Fernando Henrique Cardoso aprovecharon los tipos ideales weberianos para pensar la sociedad colonial y dependiente brasileña. En el Cono Sur, hasta el triunfo de Salvador Allende en Chile, los dependentistas y cepalinos, discípulos de Medina Echavarría y Germani, como Enzo Faletto, utilizaron a Weber y a Marx para analizar el proceso de los capitalismo periféricos. La lectura de Weber no fue, únicamente, un recurso del liberalismo latinoamericano en la Guerra Fría

sino una necesidad de la institucionalización de las ciencias sociales en América Latina. —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).



ENSAYO

Existimos para la oscuridad



George Steiner
FRAGMENTOS
Traducción de Laura
Emilia Pacheco
Madrid, Siruela,
2016, 88 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Como en otras de sus obras —*Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, *Los libros que nunca he escrito*—, George Steiner busca pretextos sino motivos de conversación. En su libro más reciente propone un juego literario: un manuscrito antiguo que requiere interpretación. Para que la prueba represente un reto, del manuscrito solo han sobrevivido algunas palabras, unos cuantos fragmentos “un poco carbonizados”. Los fragmentos forman parte de un pergamino encontrado en la biblioteca privada de una villa en Herculano. El autor: Epicarno de Agra. La época: siglo II d. C. El juego está listo: unas cuantas palabras de un mundo que desconocemos. Y su intérprete: el sabio octogenario, docto en varias lenguas, erudito y provocador. Tira los dados, en vez de puntos emite palabras. Los dados bailan y caen, formando una frase o un fragmento

de ella. El juego se repite ocho veces. Ocho frases carbonizadas (“Cuando el rayo habla, dice oscuridad”, “Amistad, homicida del amor”, “Hay leones, hay ratones”, “El mal es”, “Canta dinero a la diosa”, “Desmiente al Olimpo si puedes”, “¿Por qué lloro cuando canta Arión?” y “Amiga muerte”), ocho fragmentos como reto para intentar darle sentido al mundo, que no lo tiene. Ocho motivos para el pensamiento.

No se trata de aforismos sino de trozos de pensamiento. El primero —“Cuando el rayo habla, dice oscuridad”— da la pauta de todo lo que encontraremos a lo largo de este breve y denso volumen. En medio de la noche oscura, el rayo habla, pero su decir no dice. O dice cosas que no entendemos. Todo decir implica el silencio en el cual se generó, del mismo modo que la luz necesita la oscuridad para ser. Las cosas que dicen y las que se mantienen mudas hablan, significan. La existencia es entonces “una lectura constante del mundo”, un ejercicio de desciframiento. Vivimos en la oscuridad y estamos condenados a buscarle sentido, aun cuando este sea terrible: “La historia de la humanidad —dice Steiner— es de una desolación y un sufrimiento inconmensurables”, sin dejar de ser “una bendición ambivalente”. Ser y no ser, lenguaje y silencio; existimos, sí, pero “para la oscuridad”.

Acerca de la “amistad, homicida del amor”, concluye que la amistad “es la compensación de la existencia” y que un hombre sin amigos es “un caminante en la noche”. La amistad, dice Steiner con Montaigne: “es aquello que apasiona dentro de la razón”. Y, dado que “el amor es la cúspide, la corona, el regalo supremo

de la existencia”, la amistad puede interpretarse como una crítica del amor. Para el matrimonio “la amistad puede ser fatal. Los amantes no son amigos”. La transformación del eros en *philia*, propone Steiner ya como agudo crítico literario, es un tema “ignorado por la ficción clásica y moderna”.

En el fondo creemos que la educación mejorará, que la asistencia médica de algún modo se expandirá. Creemos incluso que “el fundamentalismo y el oscurantismo ignorantes tendrán que llegar a un acuerdo con los derechos y aspiraciones de las mujeres”. Pero también en lo profundo sabemos que se trata de una ilusión. La educación, previene Steiner, no es infinitamente elástica. Se mejorarán “las estadísticas de recepción pasiva”, pero no más allá. La quiebra del sueño ilustrado. Puestos a elegir, “una mayoría incalculable de la humanidad elegirá ver tele-novelas en vez de leer a Esquilo”. Después de todo, “¿qué obra de arte, qué poema ha logrado mantener el hambre a raya, hacer que la injusticia sea más llevadera?”. El contexto políticamente correcto dicta que, respecto a estos temas, ya no sea posible hablar de factores de herencia y genética, económicos y sociales, en relación a las capacidades humanas. “¿Cómo debemos hallar sentido –se pregunta Steiner– a la abierta injusticia de la distribución de talento entre los seres humanos?” Y si Epicarno de Agra dice “hay leones, hay ratones”, Steiner corrige: “hay pocos leones y muchos ratones”. En tanto la creatividad de primer orden “es algo que escapa al entendimiento”.

Epicarno/Steiner habla del mal. “No hay mal. No existe *per se*.” No tiene sustancia, es una

ausencia, la privación del bien. Y sin embargo el mal existe. “La crueldad y la rapacidad son orgánicos en la neurobiología de la especie.” Lo sabemos: hombres y mujeres, comunes y corrientes, “pueden, de manera voluntaria y autosatisfactoria, causar dolor a víctimas inocentes”. El mal nos viene de origen. Distintas religiones piensan que hubo un error o una transgresión en el inicio cuya catástrofe “trajo el mal y la ruina a nuestro mundo”. Es la forma que tenemos de racionalizar tanta crueldad, “la interminable secuencia de desastres, sufrimiento gratuito, desolación pública y privada que caracteriza a la condición humana”. Decir que el hombre es el lobo del hombre, concluye Steiner, es “insultar a los lobos”.

En estas piezas mentales de un rompecabezas imposible, se habla también del dinero (“el dinero sí despidе un olor. Casi siempre huele a muerte”), el ateísmo (“Concediendo que hasta ahora ninguna prueba de la existencia de Dios ha resultado satisfactoria –no digamos ya concluyente–, ¿qué prueba tenemos de su no existencia?”), la música (“es arrolladoramente significativa, pero no tiene, no hace ningún sentido”) y la muerte (“¿por qué someterse a las pruebas de la vida cuando no hay escapatoria de la muerte?”). Se habla del silencio, la amistad, el talento y el mal.

George Steiner –lenguas y culturas cifradas en un autor que afirma y niega, que cree y blasfema– nos ofrece en *Fragments* un magnífico atisbo de su compleja y fascinante obra. –

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.



LAS MANOS
DEL MUNDO

12 AL 15
MAYO

EXHIBICIÓN
Y VENTA
ARTESANAL



WWW.LASMANOSDELMUNDO.COM
2630-2982



WTC
WORLD TRADE CENTER
CIUDAD DE MEXICO